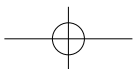
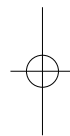
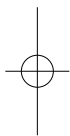


La historia nos ha contado que en el año 30 a. C., después de perder la batalla de Actium y darse cuenta de que su destino estaba sellado, Cleopatra, la última reina de Egipto, intentó salvar la vida de Cesarión, el hijo habido de su unión con Julio César, enviándole a la India. El plan era que el joven viajase hasta la ciudad de Berenice, a orillas del Mar Rojo, y allí embarcase en dirección a Asia, escapando así del destino que a buen seguro le tenía reservado Octavio, el vencedor de la guerra e hijo adoptivo de César.

La historia nos ha contado además que a medio camino de Berenice, Rhodon, tutor y consejero del joven faraón de sólo diecisiete años, convenció con engaños a su pupilo para regresar a Alejandría e intentar pactar con el romano. Octavio, sin embargo, tenía otros planes. *Dos Césares son demasiados Césares*, dicen que se justificó antes de enviar al muchacho al verdugo sin ningún remordimiento. De esta manera eliminó a la única persona del mundo que, además de él, podía reclamar como propio el legado de Julio César.

La historia, así, nos ha dejado creer que éste fue el triste final del hijo engendrado por César y Cleopatra, heredero de dos imperios y nacido para convertirse él mismo en un dios.

La historia, sin embargo, se equivoca...



I

DEMASIADOS CÉSARES

Septiembre, año 30 a. C.

El destino de un hombre no debería decidirse de esta manera: al amparo de la oscuridad de la noche y en manos de un verdugo sin rostro, pensaba Octavio mientras avanzaba rodeado por sus pretorianos. Pero la vida es una amante caprichosa y no siempre nos tiene reservado lo que merecemos. Esa noche, a él mismo, cónsul de Roma, vencedor de la sangrienta guerra civil contra Marco Antonio y Cleopatra, le tocaría ordenar la ejecución de un hombre cuyo destino era convertirse en dios. Era un despilfarro, concluyó. Pero era lo que debía hacerse.

Solamente podía haber un César.

El séquito consular avanzaba, decidido, por las desiertas calles de Alejandría. Apenas unas semanas atrás, pese a la hora tardía, los romanos habrían tenido que abrirse paso entre el bullicio que trajinaba por las tabernas o se acercaba al puerto para negociar con las últimas mercancías llegadas desde Hispania, Britania o, incluso, la remota India. Esa noche, sin embargo, en la calle sólo se escuchaba la rítmica cadencia de los pasos de los legionarios y el tintineo de sus armas contra los correajes. Era el sonido del miedo. Los habitantes de Alejandría todavía tenían marcados en la memoria los estragos que hicieron en su ciudad las legiones de César cuando, diecisiete años atrás, se habían levantado contra ellos, y que terminaron con el incendio de la Gran Biblioteca. Y ahora temían que las tropas de ocupación de su sobrino, Octavio, fueran capaces de cosas aún peores. Por eso, mientras se alejaba del centro a través del entramado de calles diseñadas por sus constructores para encontrarse siempre en ángulo recto, la comitiva sólo encontraba puertas cerradas y contraventanas atrancadas a su paso. Barreras tras las cuales se adivinaban ojos que los observaban llenos de recelo y oraciones musitadas a los dioses para que los soldados pasasen de largo cuanto antes.

El aire era inusualmente fresco para la época del año y la atmósfera estaba tan limpia y clara que, más que por la luz de la luna, se diría que las callejuelas estaban iluminadas por un sol mortecino. Aunque sólo hubieran dispuesto de esa luz, los soldados habrían podido ver sin problemas por dónde pisaban. Aun así, cuatro de ellos portaban antorchas encendidas. El resplandor naranja de sus fuegos diminutos creaba sombras distorsionadas que bailaban, amenazadoras, sobre los muros de adobe de las casas que iban dejando atrás. El camino era largo pero tranquilo. Nadie osaba entorpecer la marcha del cónsul romano y sus *lictors*. Y hacían bien en evitarlo.

El trayecto terminaba, bruscamente, ante las puertas cerradas de un fortín, fuera de las murallas que guardaban el palacio que fuera de la reina Cleopatra. La última soberana de la dinastía de los Tolomeos dormía ahora el sueño del que no se despierta al lado de su amado Antonio, en el templo de Tabusiris Magna, a unas veinte millas al norte. El palacio estaba desierto. Octavio, flamante vencedor de la guerra que lo había enfrentado con ambos los últimos dos años, había preferido no ejercer su derecho de conquista. En vez de ello, se mantenía en su campamento de las afueras, compartiendo la incomodidad y el rancho con sus legiones. Un general, le enseñó el propio Antonio cuando todavía eran aliados, necesitaba de estos gestos populistas para hacerse con el cariño de sus hombres. Y Octavio nunca olvidaba una buena lección, viniera de donde viniese.

Un pretoriano golpeó tres veces la puerta. Desde el otro lado de la gruesa hoja de madera le llegó el sonido de los pestillos al desconectarse. Las puertas se entreabrieron y apareció el rostro adormilado de un veterano decurión de la Sexta legión, la *Victrix*, la preferida de Octavio. Visiblemente molesto por haber sido interrumpido en plena siesta, el suboficial estaba a punto de lanzar un exabrupto cuando reconoció el rostro del hombre que aguardaba, rodeado por media docena de *lictors*. Enseguida se ajustó el casco y se golpeó el peto de cuero con el puño.

—Salve, general Octavio. Es un honor tenerte aquí. ¡Paso al general! —llamó al resto de la guardia.

Flanqueado por sus guardaespaldas, los seis robustos *lictors* que portaban o bien antorchas, o bien las pesadas hachas que delataban su condición, Octavio parecía menudo. En realidad medía más de seis pies. Su figura, esbelta, casi rígida, destilaba autoridad. También ayudaba el *palludamentum*, la capa de lana escarlata reservada a los generales de Roma, y la coraza, adornada con relieves dorados, que lle-

vaba perfectamente adaptada al cuerpo. Aquélla no era una prenda pensada para proteger a su portador, sino más bien para destacar su rango ante la tropa. Pero más que sus ropas eran su rostro, severo y de facciones angulosas, y sus ojos negros y acerados los que hacían que Octavio impusiera su voluntad a los demás de forma natural. Por eso podía permitirse no levantar casi nunca la voz y exhibir siempre unas maneras suaves y corteses, tan distintas del talante brusco y jactancioso que caracterizaban a su derrotado enemigo.

Siempre protegido por su guardia de *corps*, Octavio atravesó, sin ceremonia, el lindar de la prisión. Apenas acababa de traspasarlo cuando, desde una tienda cercana, apareció un centurión que corrió hacia él mientras se ajustaba las cintas del peto de cuero. El oficial llegó a su lado y se cuadró, como había hecho unos instantes antes el decurión de la puerta.

—¡Salve, general! No te esperábamos esta noche.

El cónsul le dedicó una larga mirada, dejando claro que eso le resultaba evidente. El oficial, un veterano que ya luchaba con la *Victrix* cuando ésta servía a las órdenes de Julio César, tragó saliva, visiblemente nervioso. Si Octavio hubiese llegado sólo unos minutos antes, lo habría pillado con los calzones en los tobillos presentándole armas a una de las esclavas nubias que servían en la prisión. Por faltas mucho más leves, el general había mandado azotar a alguno de sus hombres. Y el centurión lo sabía. Pero, por suerte para él, Octavio no había venido a pasar revista.

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó el general con un tono sorprendentemente amable.

—Incomunicado, tal y como nos ordenaron mantenerlo, señor. Está encerrado en una de las mazmorras del sótano.

—Llévame allí.

El centurión se golpeó nuevamente el pecho y giró sobre sus talones, dirigiéndose hacia una de las edificaciones cercanas, mientras daba gracias a Júpiter por su benevolencia. Octavio hizo un gesto con la mano a sus hombres, indicando que no deseaba compañía. Así, solo, siguió al oficial a través de varias puertas cerradas, que el otro le iba franqueando, hasta llegar a la boca de un tramo de escaleras que se hundía en el suelo.

—Está ahí abajo —dijo.

—Puedes volver a tu puesto —respondió el cónsul cogiendo una antorcha encendida, sujeta al muro gracias a una argolla de hierro.

El soldado dio nuevamente gracias por su buena estrella. En sus

muchos años de servicio había visto de todo en el campo de batalla, pero todavía no podía evitar sentir en la nuca el aliento helado de Proserpina cada vez que tenía que acercarse a las mazmorras.

Octavio bajó los escalones con decisión. Eran apenas dos cortos tramos. Cuando llegó abajo, sin embargo, notó una molesta sensación de frío que lo impregnaba todo. Acercó la antorcha a las paredes y descubrió los efectos de las filtraciones de agua. Estaban muy cerca del puerto, recordó. Mala suerte para los presos. Movi6 la tea hacia la oxidada puerta de hierro y descubrió una mirilla a la altura de sus ojos. Cogi6 el pasador entre el índice y el pulgar de la mano derecha y descorrió la plaqueta de hierro.

Tuvo que esperar unos segundos a que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra que reinaba en el interior de la celda, sólo iluminada por el resplandor mortecino que proporcionaba el cabo de una vela. Finalmente, las sombras se retiraron y pudo verlo por primera vez. Era muy joven, apenas diecisiete años; un poco más alto que él mismo, con el pelo pajizo y los ojos claros. Le habían contado que había heredado más rasgos de su padre romano que de su madre africana y ahora comprobaba que era cierto. Aun así, no encontró ni un vestigio de la nobleza de su tío, César, en el rostro macilento del muchacho. Mejor, pensó, eso lo haría todo mucho más sencillo.

El preso, que había oído cómo alguien corría la mirilla, volvió el rostro hacia la puerta y empezó a suplicar clemencia. Con esa luz era imposible que pudiera ver quién se ocultaba al otro lado, pero Octavio no pudo reprimir un cierto grado de malestar viéndolo humillarse de aquella manera. Esperaba más de aquel joven. Aunque sólo fuera por ser hijo de quien era. Incluso su madre, la lujuriosa reina egipcia que él mismo se había encargado de demonizar en los foros de Roma, propagando toda clase de historias sobre ella —algunas ciertas, la mayoría inventadas—, se había comportado de forma mucho más digna. Había intentado negociar, había tratado de seducirlo también a él y, cuando se había dado cuenta de que todo era inútil, se había quitado la vida. Un final noble y decente que Octavio, el peor de sus enemigos, no había dudado en elogiar entre sus círculos más íntimos. Nada que ver con el espectáculo indecoroso que ahora le ofrecía el muchacho, sollozando como un mendigo por su vida. Si este patético cachorro era un hijo de los dioses, pensó, la cima del monte Olimpo había descendido hasta el suelo que pisaban los mortales.

Asqueado, Octavio volvió a correr la mirilla, justo en el instante

en que el chico se abalanzaba hacia la puerta para seguir implorando piedad. Todavía pudo oír el rumor de sus sollozos, amortiguado por la maciza puerta de hierro, mientras regresaba a la superficie. Después, mientras volvía junto a su séquito, sopesó si necesitaba realmente dar la orden. Un individuo débil y vencido como el que acababa de ver no podía representar una gran amenaza para él, por muy hijo de César que fuera. ¿Quizás podría dejarlo marchar discretamente? Jugó con la idea unos instantes, y luego la descartó. Un hombre en su posición no podía permitirse el lujo de ir dejando enemigos a sus espaldas, por inofensivos que parecieran. Y con la muerte de Cesarión no quedaría nadie que pudiese reclamar legítimamente la herencia de su tío. Excepto, claro, él mismo, a quien el propio Gran Hombre había declarado su heredero universal en su testamento... o al menos en una de sus versiones. A Octavio le desagradaba profundamente tener que hacer cosas como aquella. Pero Roma era una matrona exigente, que reclamaba a menudo acciones semejantes. Y peores.

—¿Qué ordenas, señor? —preguntó el jefe de los *lictors*, un hombre de cabellos ralos y barba mal afeitada, que portaba la muerte en la mirada.

—Dos Césares son demasiados Césares —respondió Octavio.

El *lictor* asintió y se llevó la mano a la daga, que colgaba impaciente de su cinturón. Mientras enfilaba hacia el edificio del que acababa de salir el cónsul, escuchó su voz, siempre atemperada, pidiéndole:

—Hazlo rápido. Sin dolor.

Sin esperar el resultado de su demanda, Octavio ordenó al resto de su séquito ponerse en marcha inmediatamente. Mientras la guardia abría la puerta por segunda vez aquella noche, Octavio se ajustó las muñequeras de cuero y se colocó bien la armadura. Era un hombre pulcro y meticuloso, a quien le gustaba dar siempre ejemplo. Estaba tan distraído con la capa que casi no se percató del mensajero que llegaba a toda prisa por el callejón y que franqueó la entrada con un simple movimiento de cabeza, dirigido al guardia de la puerta. El mensajero, otro veterano de la *Victrix*, llegó junto al cónsul y lo saludó a la manera clásica de los legionarios romanos: llevándose la palma extendida de la mano al casco.

—¡Salve, general! Un despacho del general Marco Vipsanio Agripa.

Octavio alargó la mano para recibir la nota que le enviaba el mejor

de sus oficiales y el hombre que más confianza le inspiraba en este mundo. Sin tener que pedirlo, uno de los *lictors* le acercó una antorcha para iluminarlo. Leyó la nota deprisa y cuando acabó no pudo evitar una mueca de contrariedad. Era una reacción nada propia de él, de la que se arrepintió enseguida. De nuevo impasible, envió al correo a la cantina para recompensar con un trago su intempestiva misión y desapareció sin más dilación por la puerta, rodeado por su inseparable séquito.

Mientras regresaba al campamento por las calles desiertas, Octavio se debatía entre sensaciones encontradas. Descubrir que Cesarión continuaba siendo un cabo suelto del que convenía ocuparse no era, desde luego, una buena noticia. Pero, recordando los patéticos gimeos del muchacho a quien acababa de hacer matar, la noticia le proporcionaba también un raro consuelo.

¿Quién sabía? Era posible que, al fin y al cabo, el joven vástago de los divinos César y Cleopatra sí resultase ser un enemigo digno de la suerte que le tenía reservada.

II

DESPERTANDO DEL SUEÑO

Julio, año 30 a. C.

La risa de la muchacha resonaba, irreal, a lo largo de los silenciosos pasadizos del gran palacio de los Tolomeos en Alejandría. Construido enteramente en mármol por los antepasados de Cleopatra, que llegaron a Egipto siguiendo a Alejandro el Grande para convertirse en la última dinastía de faraones del país, el edificio había sido el más magnífico de una ciudad diseñada para arrancar exclamaciones de admiración a sus visitantes. Sólo la gran torre, que se alzaba majestuosa en la isla de Pharos, con sus cuatrocientos pies de altura y su fuego perenne para guiar a los barcos a puerto, podía resistir la comparación con él.

Hacía meses que las fiestas y celebraciones, hasta entonces casi diarias, habían dejado paso a un silencio ominoso, preñado de desesperación, que nadie se atrevía a quebrar. Por eso mismo, aquel rumor hecho de gemidos femeninos y de pies descalzos correteando sobre los lustrosos suelos resultaba casi obsceno. Aun así, nadie osaría afear la conducta de Nefer. Era la concubina del joven faraón y eso la convertía en intocable para nadie que no fuera la reina, o él mismo. Y dado que eran sus atenciones las que le arrancaban aquellos estallidos de inconsciente alegría, la muchacha podía seguir armando alboroto sin temor alguno.

Desde que la flota conjunta de Marco Antonio y Cleopatra fuera aplastada por el hábil Agripa en Actium, eran pocos en palacio los que ignoraban que el tiempo de la soberana y el romano tocaba a su fin. Si antes de empezar la batalla las fuerzas de Octavio ya eran superiores, los doscientos barcos y más de cinco mil hombres perdidos habían dejado herido de muerte al ejército del consorte. Por si esto fuera poco, su indecorosa huida del campo de batalla, siguiendo a las naves de la reina a través de las líneas enemigas, había minado de manera irreparable el prestigio del general entre sus hombres. En

sus campamentos, los legionarios antes fieles murmuraban ahora que el antaño indomable Antonio había huido como un niño para refugiarse bajo las faldas de la bruja egipcia que le había robado el buen sentido. Y cada vez eran menos los que estaban dispuestos a dejarse matar por ellos. Especialmente teniendo en cuenta que Octavio no los pasaría a cuchillo, como haría con cualquier otro ejército enemigo, sino que se limitaría a hacerles jurar fidelidad y, con un poco de suerte, hasta les pagaría las soldadas que ahora les adeudaba su devaluado líder.

Pese a todo, Antonio no era de los que doblaban la rodilla sin que antes se la hubieran quebrado. Sabiendo que las tropas de Octavio y su insustituible Agripa se acercaban por tierra para asestarles el golpe de gracia, la antigua mano derecha de Julio César había reunido a sus últimas once legiones y las había hecho avanzar hacia el este para presentar batalla. Veterano de muchas campañas victoriosas, Antonio siempre había menospreciado la valía de Octavio como soldado. Por eso, antes de dejar el palacio, el romano le había jurado a su reina que volvería a casa con la cabeza del hombre que tanto la odiaba en una bandeja. Y Cleopatra, inaccesible al paso del tiempo y a los estragos que la maternidad suele causar en el cuerpo de las mujeres, lo despidió con un beso y simuló creer todas aquellas fanfarronadas, tan vacías de verdad como de esperanza lo estaba su corazón.

Desde que Antonio dejase la ciudad, el palacio había estado sumido en el silencio. Los cantos de los poetas habían sido sustituidos por los susurros de los consejeros reales, constantemente reunidos con su soberana, buscando sin encontrarla una salida para la situación desesperada en la que estaban. Y la música, que antes fluía por las grandes salas y los magníficos jardines, se había secado para dejar paso a la aridez del miedo que marchitaba las conversaciones mantenidas a media voz entre los sirvientes. Hasta ahora, la reina había demostrado una gran habilidad para conseguir contentar al siempre irascible coloso romano. Pero el nuevo cónsul era diferente. Todos sabían que Octavio llevaba años señalándola como a la peor enemiga de Roma y acusándola de brujería, lujuria e incesto. Y se preguntaban cómo podría congraciarse con un adversario tan enconado.

Era justamente este silencio ensordecedor, que anunciaba la desgracia inminente, el que hacía tan insoportables las risas y los dulces gemidos de la muchacha, que apenas unos meses atrás habrían pasado totalmente desapercibidos, ahogados por la fiesta perpetua que vivía el palacio.

Con su piel olivácea, sus enormes ojos de color miel y la catarata de oscuros cabellos rizados que le enmarcaba el rostro perfecto, Nefer hacía honor a su nombre. En palacio, sólo la reina podía superarla en belleza, pese a doblarla en edad. Y desde que llegase del sur, en una caravana de hombres del desierto, la muchacha había sabido sacar partido de aquel don que parecía otorgado por la mismísima Hathor. El joven Rey de Reyes estaba tan deslumbrado por ella como Antonio lo estuvo por su madre, murmuraban los esclavos, tan poco inmunes a la belleza de la doncella como su señor. Y las esclavas, celosas al ver cómo la meretriz sureña lo mantenía encadenado al lecho durante días enteros, maldecían secretamente su suerte. ¡Que Seth la arrastrase al inframundo!

Desde que la comprase en el mercado de Alejandría por una cantidad que habría servido para pagar el rescate de un rey, el joven faraón no había tenido otra cosa en la cabeza que no fuera ella. No era que hasta entonces no hubiera calentado sus sábanas con los cuerpos de muchas hermosas muchachas. Pero Nefer las había eclipsado a todas. Para Cesarión se diría que conocerla y caer herido por las dulces saetas del travieso Cupido fueron una misma cosa.

Y eso que el primogénito de César habría podido tener a cualquier mujer que se hubiera propuesto aunque hubiese nacido en una cuna mucho menos ilustre. El muchacho justificaba con su aspecto la leyenda alimentada por su padre de que la familia Julia descendía de la mismísima diosa Venus. Más alto que la mayoría de los hombres, combinaba los ojos verdes y el cabello y la piel clara heredados de su padre con las facciones perfectas que habían convertido en leyenda el rostro de Cleopatra. Los mejores soldados del ejército real se habían encargado en persona de su entrenamiento físico, que le había proporcionado un cuerpo fibroso aunque quizás demasiado delgado para ser un buen guerrero. Aun así, cuando se ceñía su armadura dorada, al joven le resultaba fácil convencer a quienes lo rodeaban de que estaban ante la encarnación misma de los dioses de Roma y Egipto.

Pero la huella de César en su primogénito iba mucho más allá del color de los ojos y del tono de la piel. El muchacho había heredado del padre a quien casi no llegó a conocer su aguda inteligencia y una audacia y una ambición desmesuradas. Así como un ego suficiente como para llenar hasta los topes su alargada estampa. Y de César era también uno de sus talones de Aquiles: las mujeres. Si el vencedor de Pompeyo había escandalizado a Roma gracias a sus cuatro matri-

monios y a su larguísima lista de amantes, la mayoría pertenecientes a la flor y nata de la aristocracia romana, su cachorro ya había dejado claro entre las cortesanas de palacio que iba camino de superarlo. Por eso, no faltaban tampoco los que creían que su recién estrenada pasión por Nefer sería tan intensa como efímera.

Lo único que el conquistador de la Galia parecía no haberle legado a su vástago eran la alopecia prematura y el mal de los dioses: aquella misteriosa enfermedad que sólo sus más íntimos sabían que lo atacaba de vez en cuando, sumiéndolo en un estado de frenética semiinconsciencia y que obligaba a colocarle un palito entre los dientes para impedir que se asfixiase con su propia lengua. Conmovido por el parecido del chico con su padre, Antonio quiso enseñarle personalmente todo lo que él mismo había aprendido de César sobre el arte de la guerra, conocimientos que el joven asimilaba con asombrosa facilidad.

Consciente de que el esplendor de Egipto era cosa del pasado, Cleopatra había preferido que su hijo fuese educado en la tradición romana antes que en la egipcia. Mejor que aprenda de los conquistadores que de los conquistados, se justificaba. Quizás por eso Cesarión sólo había heredado de la reina un arte innato para seducir y una capacidad misteriosa para juzgar a las personas a primera vista. Capacidad que, a diferencia de la de ella, quedaba anulada cuando la persona a quien juzgaba poseía un bello rostro, un busto firme y unas caderas cimbreantes. Seguramente era esta lacra de su carácter la que lo había arrojado alegremente en brazos de la manipuladora Nefer, mientras el imperio que algún día debería de ser suyo se hundía a su alrededor. Claro que, acurrucado entre sus brazos y embriagado por los besos ponzoñosos de la hermosa, resultaba difícil de creer que algo malo pudiera llegar a pasarle.

Tras sentir una vez más cómo el cuerpo de ella se estremecía de placer bajo el suyo, el joven César se sumergió en el caudal rizado que escondía la cara de su amante, hasta encontrar su boca. Entonces devoró, goloso, aquellos labios de los que le parecía que nunca podría llegar a saciarse. La muchacha respondió al beso con idéntica pasión y los gemidos de los amantes volvieron a torturar los corredores mortecinos. Si el muchacho hubiese logrado apartar por un instante los ojos de ella, se hubiese dado cuenta de que aquel palacio empezaba a parecerse más a un templo funerario que a los alegres salones que lo habían visto crecer. Pero estaba demasiado obcecado para cualquier otra cosa que no fuera entregarse a los placeres de Eros.

Justo entonces, desde alguna parte del edificio, llegaron gritos de alarma y luto. Cesarión se medio incorporó para escucharlos mejor, pero aunque oía las voces, no fue capaz de distinguir las palabras. Nefer, que no había escuchado nada, se colgó de su cuello y empezó a jugar con la lengua en el cuello de su amante.

—¿Qué te aleja de mí, señor mío? —preguntó, vagamente molesta por haber dejado de ser su centro de atención.

—¡Chis! —musitó él mientras le hacía un gesto con la mano, indicándole que lo dejase escuchar.

Pero Nefer no se rendía fácilmente. Su boca abandonó el cuello del muchacho para deslizarse pecho abajo, hasta sus pezones, donde se detuvo. Cesarión no pudo hacer frente a esta nueva tentación y la atrajo hacia sí, provocando un nuevo chillido de placer de la concubina. Se disponía a cabalgarla de nuevo cuando una voz, suave pero autoritaria, lo detuvo.

—Vale más que te levantes, señor. El general Marco Antonio acaba de regresar gravemente herido. La situación es crítica y tú, en lugar de afrontarla como se espera de un gobernante, te entretienes con esta... —Y quien hablaba dejó la frase en el aire, ahorrándose el calificativo.

Cesarión se levantó de un salto cuando escuchó aquellas palabras. No estaba acostumbrado a que se dirigiesen a él en semejantes términos y la expresión de su rostro lo dejaba patente. Pero al reconocer a Rhodon, su tutor y consejero particular, la cara del faraón se endulzó. El anciano filósofo griego, junto con su madre y el propio Antonio, era una de las pocas personas que había aprendido a respetar. Aunque sólo fuera porque siempre que le había llevado la contraria había acabado descubriendo que era el otro quien tenía la razón.

Casi un palmo más bajo que su pupilo, con la calva brillante, los finos labios apenas enmarcados por una perilla escasa y unos brillantes ojos caoba, Rhodon se había ocupado de la educación del joven faraón desde que éste tenía apenas cinco años. Ahora, el alumno rozaba los dieciocho y el maestro pasaba de los sesenta y cinco, pero se mantenía en una forma física envidiable. Cesarión sintió el aguijón de la vergüenza al ver la decepción que destilaba la cara de su maestro. Visiblemente incómodo, saltó del lecho y se cubrió con un fino shenti de lino blanco. Por mucho que hubiese sido investido Rey de Reyes, delante de aquel hombre sabio todavía seguía siendo un alumno con demasiadas cosas por aprender. Y ambos lo sabían.

—¿Qué sucede, maestro?

—Un carruaje acaba de regresar del frente llevando al general Antonio agonizante. Por lo visto, sus últimas once legiones también se han pasado al bando de Octavio tras sólo un día de resistencia. Y viéndose perdido, tu padraastro se ha arrojado sobre su propia espada. Pero Anubis no se ha contentado con un sacrificio tan fácil y el general sigue vivo. Unos cuantos de sus últimos hombres fieles lo han subido a un carruaje y lo han traído hasta aquí. Todavía no entiendo cómo ha conseguido llegar con vida. Tiene que estar sufriendo muchísimo. No pasará de esta noche.

—¿Lo sabe la reina?

—Cleopatra ha ordenado llevar al general a sus aposentos y dejarlos solos. Sin duda desea despedirse en privado de su amado esposo. Si me permites el consejo, señor, sería bueno que fueses disponiendo tu salida del palacio...

—¿Irme, dices? ¡No te entiendo!

—¡No estarás pensando en quedarte a esperar a Octavio, señor! Hemos estudiado suficiente sobre política como para que no te resulte difícil adivinar el destino que os tiene reservado el rencoroso sobrino de César a ti y a la reina. Su odio hacia ella es famoso en todo el *Mare Internum*. Y por lo que a ti respecta... eres el único que podría disputarle con derecho el legado de tu padre, el gran César. No necesitas haber leído a Catón para deducir cuál es la solución más sencilla para esta clase de inconvenientes.

Cesarión se removió, inquieto. El análisis de la situación que acababa de hacerle su maestro era, como de costumbre, impecable. Pero entonces vio el rostro de Nefer, observando, incrédula, la escena desde la cama. Y la vergüenza que había sentido ante Rhodon se transformó en ira al verse desposeído de su cetro real y convertido en un hombrecillo obligado a correr como un conejo delante de sus enemigos victoriosos.

—Esta vez te equivocas, amigo mío. Octavio no es nuestro amigo, eso está claro. Pero su guerra era con Antonio y no con Egipto. El romano no se atreverá a ponernos la mano encima. ¡Sabe que hacerlo equivaldría a perderla!

Decepcionado por aquel inesperado ataque de orgullo sin sentido, Rhodon miró de reojo a la muchacha. Tendida entre las sábanas, Nefer había recibido con una sonrisa de satisfacción aquella amenaza, tan vacía como estúpida, cacareada por el muchacho especialmente para ella. El maestro, docto en aritmética, sabía que,

eliminándola a ella de la ecuación, el resultado sería otro, mucho más ajustado a la realidad de la situación. Pero Nefer no mostraba ninguna gana de moverse de donde estaba. Y él conocía demasiado bien a su pupilo como para pensar que le sería posible persuadirlo para que la echase.

—Señor... —Rhodon hablaba ahora muy lentamente, escogiendo con sumo cuidado cada una de las palabras que iba a pronunciar a continuación—, te ruego que recapacites. No tienes peor enemigo en este mundo que Octavio. El romano está a poco más de un día de aquí.

—Lo entiendo perfectamente, amigo —dijo el muchacho sin perder de vista la expresión de su amante—. Cuando llegue, lo recibiremos en audiencia y buscaremos una solución satisfactoria para nuestros dos países. Es todo.

—Pero...

—¡Es todo, he dicho! —la voz del faraón no admitía discusión posible.

Mientras ella estuviese cerca, Rhodon sabía que no conseguiría hacerle entrar en razón. Le dedicó una última mirada llena de sincera decepción y, sin mediar palabra, salió del dormitorio real con largas zancadas. Cesarión lo vio marcharse mientras volvía a notar el aguijón de la vergüenza revolviéndole las entrañas.

Entonces se dio la vuelta y vio a Nefer, bañada por la luz del atardecer y observándolo con la mirada que los humanos guardan para cuando se atreven a mirar a un dios.

E incluso llegó a creerse sus propias bravatas mientras se abandonaba una vez más en la dulce trampa del abrazo de su amante.